

Planteamientos de la lingüística histórica en la datación del Euskara

(Positions in historical linguistics on the dating of events related to the Basque language)

Gorrochategui, Joaquín
Univ. del País Vasco
Fac. de Filología y Geografía e Historia
Dpto. Estudios Clásicos
E. Tomás y Valiente, s/n
01006 Vitoria-Gasteiz

En este trabajo se discuten algunos aspectos metodológicos acerca de la adscripción lingüística de datos antiguos, ya sean directos o indirectos, así como aspectos relacionados con su datación absoluta o relativa en lo referido a la historia y prehistoria de la lengua vasca. Se discuten los datos atestiguados en la antigüedad, para obtener el horizonte cronológico más antiguamente datado, sobre el que iniciar un proceso de reconstrucción prehistórica. Se critican propuestas comparativas modernas (del vasco con el ibérico y especialmente con el grupo Na-Dene caucásico) desde un punto metodológico.

Palabras Clave: Reconstrucción lingüística. Lengua vasca. Ibérico. Na-Dene-Caucásico. Toponimia prerromana.

Lan honetan, antzinako datu zuzen edo ez zuzenen adskripzio linguistikoari buruzko alderdi metodologiko batzuk eztabaidatzen dira, eta era berean euskal hizkuntzaren historia eta historiaurreari dagozkien datazio absolutu edo erlatiboarekin zerikusia duteen zenbait alderdi aipatzen dira. Antzinateko testigantzek e karritako datuak eztabaidatzen dira, antzinakoena den sail kronologikoa lortzeko, eta horren gainean historiaurrea berreikitzeke lana abiatzearren. Konparazio-proposamen modernoak kritikatzeko dira (euskararekin, eta bereziki Na-Dene talde kaukasiarrekin) metodologiaren ikuspegitik.

Giltza-Hitzak: Hizkuntza berreikitzea. Euskal hizkuntza. Iberiarra. Na-Dene-kaukasiarra. Erroma aurreko toponimia.

On parle, dans ce travail, de quelques aspects méthodologiques concernant l'attribution linguistique de données anciennes, qu'elles soient directes ou indirectes, ainsi que des aspects en relation avec leur datation absolue ou relative en ce qui concerne l'histoire et la préhistoire de la langue basque. On parle des données dont on a la preuve dans l'antiquité, pour obtenir l'horizon chronologique le plus ancien, sur lequel commencer un processus de reconstruction préhistorique. On critique les propositions comparatives modernes (du basque avec l'ibérique et spécialement avec le groupe Na-Dene caucasique) à partir d'un point méthodologique.

Mots Clés: Reconstruction linguistique. Langue basque. Ibérique. Na-Dene-Caucasique. Toponymie pré-romaine.

1. La datación de los hechos o de los fenómenos de cualquier clase con el consiguiente establecimiento de una cronología coherente de los elementos y los procesos que han intervenido en el desarrollo de cualquier esfera de la actividad humana es uno de los objetivos principales de la Historia. La lingüística histórica, en cuanto disciplina que se interesa por la descripción y explicación de la evolución que experimentan las lenguas a través del tiempo, tiene necesariamente que apoyarse en una secuencia de fenómenos datables, ya se trate de datos empíricos o de hipótesis inferibles de modo seguro o plausible a partir de datos indirectos.

La historia de una lengua, desde los hitos más importantes hasta los detalles más minuciosos, solo podrá hacerse de manera fidedigna si contamos con un número suficiente de testimonios escritos bien repartidos de modo uniforme a lo largo del tiempo y del dominio lingüístico de esa lengua. Es bien sabido que de todas las lenguas del mundo solamente una pequeña minoría cuenta con la posibilidad de tener una cierta historia, siendo poquísimas las afortunadas para las que los testimonios directos remontan a épocas antiguas. La primeros textos directos en lengua vasca remontan al s. XVI de nuestra era, época en la que en muchas zonas del viejo mundo, p. ej. Lituania, Prusia, etc., así como en el nuevo mundo recién incorporado a la civilización occidental, se produce un floración de textos religiosos.

Aunque la representación de los diferentes ámbitos dialectales vascos sea muy desigual, tanto en cronología como en número de testimonios, se puede establecer, con todo, una secuencia de fenómenos lingüísticos básicos que nos iluminan aspectos importantes de la historia de la lengua. Así, p. ej. entre los textos del s. XVI (podemos tomar la traducción de Leizarraga como representante oriental y la recopilación de Refranes y Sentencias como occidental) y los del s. XVII, entre los que destaca la obra clásica de Axular, se aprecia una serie de cambios en diferentes órdenes de la lengua que marcan la diferencia entre un estadio arcaico y otro clásico de la lengua¹.

En época medieval hay también numerosos testimonios indirectos de la lengua, consistentes en glosas y nombres de todo tipo, que proporcionan información valiosa sobre el euskara de ese periodo. Pero a diferencia de los textos redactados en la propia lengua, estos testimonios vienen descontextualizados y son transmitidos en el envoltorio de una lengua ajena, que a la par que sirve de vehículo transmisor cobra también el peaje de una cierta acomodación a sus estructuras básicas: el nombre en cuestión puede ser interpretado de

acuerdo con los morfemas de la lengua anfitriona y siempre expresado de acuerdo con sus reglas gráficas. El grado de asimilación del término vasco a la estructura románica o latina del documento varía enormemente de unos casos a otros: p. ej. en los documentos latinos puede aparecer como término de cita, es decir en su forma básica que sería el nominativo vasco, o bien acomodarse al caso latino exigido en cada caso: *Ozzaburum* (acusativo sing. objeto directo: *caballum... nominatum Ozzaburum*). No hay que olvidar que la latinización gráfica a veces consiguió imponerse como el nombre oficial de un lugar, como es el caso de Fuenterrabía, latinización artificial de *Hondarrabia*, mediante el medieval *Fontarrabia*.

En todos estos casos nos hallamos ante un trabajo previo de identificación de la forma autóctona, en su aspecto tanto fonético como morfológico. Y este trabajo precisa de un conocimiento profundo de la lengua y las reglas de escritura en que están redactados los textos, así como del establecimiento de correspondencias precisas entre los términos vascos (por el momento supuestamente vascos) transmitidos en esos textos y las palabras vascas usuales de la lengua moderna, conservadas en su acervo léxico documentado. A pesar de que la identificación de estos términos vascos sea, por lo general, fácil, debido principalmente a que la estructura morfológica de la lengua no ha variado mucho desde época medieval hasta ahora, la labor comparativa del establecimiento de correspondencias precisas entre ambos extremos de la línea es una labor inexcusable y previa a cualquier otra consideración posterior. Y en los detalles muchas veces nos hallamos con problemas interesantes. P. ej. *ardum* transmitido por el Codex Calixtinus puede ser interpretado sencillamente como la acomodación latina en acusativo de la palabra vasca para vino (*ardu*), de igual forma que *Ozzaburum* está por la forma vasca *Otsaburu*. Ahora bien, mientras *buru* ‘cabeza’ no tiene variantes dialectales, el vocablo para ‘vino’ presenta un polimorfismo notable: *ardao*, *ardo*, *arno* y como base compositiva *ardan-* (p. ej. *ardanza*, *ardandegi*, etc.) que se hacen derivar de una forma reconstruida **ardano*. La palabra se pronunciaba con vocales nasalizadas en roncalés (*ardão*), que debían ser generales en todo el dominio vasco en épocas anteriores, a juzgar por restos aún mantenidos en vizcaíno en el s. XVI. Teniendo esto en cuenta se plantea la cuestión, tal como se preguntaba Michelena en el comentario de este texto (TAV, § 2,2,12), si la grafía latina no estará en este caso intentando representar la existencia de la nasalización mediante la *-m* final.

Otra cuestión interesante es la que atañe a la aspiración y a su expresión en la documentación medieval. Si bien en época moderna la aspiración queda reducida a los dialectos norpirenaicos no costeros, es asumible que en época medieval aún se mantenía en amplios ámbitos, y en concreto en la zona occidental del dominio vasco. La lista de localidades alavesas que pagan tributo al Monasterio de San Millán, recogidas en un documento

1. Véase para más detalles, Gorrochategui & Lakarra, 2001, especialmente pp. 428 ss. “Comparación lingüística, filología y reconstrucción del protovasco” en: Fco. Villar & P Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania, VIII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Salamanca 2001.

del año 1025, presenta buena prueba de la existencia de aspiración. El problema es que, de acuerdo con los datos del vascuence histórico, la aspiración siempre se limita a una sola de las dos primeras sílabas de la palabra, de modo que en compuestos a partir de dos palabras con aspiración, como *hil* ‘muerto’ y *herri* ‘pueblo’ para formar la palabra ‘cementerio’, la primera ha desaparecido en favor de la segunda: *ilherri*. Pues bien, en ese documento tenemos topónimos plagados de aspiraciones (p. ej. *Hurizahar*, *Gazaheta*, *Hagurahin*, *Artahaza*), que nos colocan ante la necesidad de decidir si en todos los casos se trata de reales aspiraciones o de grafías caprichosas. Sabemos que la letra *h* ha sido utilizada muchas veces como letra multiuso, para expresar sonidos no solo aspirados sino complejos (africadas, p. ej.) o para indicar el hiato o como advertencia de lectura: así, la grafía *Huarte* del conocido apellido vasco con *H* inicial puede deberse perfectamente a la convención gráfica medieval conocida por el castellano de anteponer *h-* a toda palabra que empezaba por vocal *u-* como indicativo gráfico de lectura, a fin de que no se leyera /barte/, dada la indiferenciación gráfica entre *b* y *v* (es decir, un artificio para diferenciar *hueso* de *beso* que se escribía *ueso*). De esta forma podríamos unirlo sin más a la forma *Uharte* (> *Ugarte*) que adquiere la palabra de manera más acorde con la forma de composición de la palabra (*h*)*ur* ‘agua’: *uholde*, *uhala*, *uhalde*. Como hemos visto en estos casos (la nasalización y la aspiración) nos hallamos ante disyuntivas en la interpretación correcta de los datos aportados secundariamente por las fuentes medievales.

Un último ejemplo: el manuscrito emilianense que recoge las primeras glosas castellanas –más bien de dialecto navarro riojano que propiamente castellanas– transmite también dos glosas vascas (TAV, § 2.2.5). En una de ellas, que reza *guez ajutu ezdugu*, podemos identificar cada una de las palabras, aunque haya problemas para saber el significado del verbo *ajutu*. El pronombre *guez*, que es sin duda la forma de ergativo del pronombre de primera de plural, puede estar tanto por la forma intensiva *geuk*, como por la normal y común *guk*. En este segundo supuesto, ¿cómo debemos explicar la diferencia? Por el criterio de los textos, es decir, el estrictamente histórico de la fecha de datación, la forma *guez* es más antigua que la forma común y general *guk*, y si diéramos por válida sin más esta preeminencia cronológica deberíamos asumir un cambio *geuk* > *guk* entre el siglo XII y el s. XVI no confirmado por el pronombre de 2ª pers. pl. que es *zuek* en todas partes. Una explicación sencilla consiste en pensar que, cuando se crea la forma *zuek* para expresar el pronombre de 2ª plural después de que el pronombre originario *zu* ‘vosotros’ hubiera pasado a expresar la 2ª pers. singular respetuosa ‘vos’ (a imitación del latín eclesiástico y las lenguas románicas), la nueva forma ejerció esporádicamente una presión analógica sobre su compañera de 1ª persona de plural, haciéndola pasar a *geuk*. Expresándolo según la *proportio analogica* de Herman Paul

zu : gu :: zuek : x; x = geuk

Este último ejemplo nos enseña claramente que la comparación entre las formas antiguas y las modernas es imprescindible para obtener la posición relativa de cada cual en el proceso evolutivo de la lengua. Por regla general la forma más antiguamente atestiguada en términos absolutos será la más arcaica en términos relativos, pero no siempre. Al igual que ocurre con los fósiles, que solamente después de haberles hallado un lugar en el árbol de la evolución de las especies, pueden ser tenidos en consideración para estudios comparativos y filogenéticos, también las formas lingüísticas antiguas deben ser interpretadas a la luz del entramado evolutivo de la lengua a la que supuestamente se adscriben. En otras palabras, solamente adquieren sentido si se incluyen de modo armónico y coherente en la historia conocida de la lengua o en su prehistoria plausible. Y ésta no tiene por qué cambiar, si para considerarlas elementos propios del vascuence, hay que forzar los datos y contravenir los procesos evolutivos firmemente asentados de la lengua.

Este proceder metodológico que he puesto de manifiesto mediante un ejemplo medieval es de vital aplicación cuando tratamos con material antiguo, cuya adscripción a la lengua vasca no es evidente a primera vista.

2. Como he señalado antes, son muy pocas las lenguas documentadas en época antigua. Así pues, desgraciadamente, no contamos con ningún texto antiguo redactado en lengua vasca, que sea exponente de alguna de las posibilidades históricas que pudieron darse: a) inscripción en escritura ibérica, ampliamente conocida en el valle del Ebro a partir del s. II a. C. y que llegó a utilizarse también en la zona de los Vascones, según el testimonio del mosaico de Andelos y de un fragmento de bronce hallado en Aranguren (junto a Pamplona), además de las acuñaciones monetales de la zona² y b) inscripción en alfabeto latino, a partir de la implantación efectiva de la administración romana a partir de Augusto.

A veces cuesta entender que una sociedad determinada no haya dejado ningún testimonio

2. En un túmulo funerario aristocrático de Aubgnan (Landes) aparecieron dos phiales de plata con inscripciones ibéricas de difícil lectura. J. C. Hébert (“Les deux phiales à inscriptions ibériques du tumulus n° III”, *Bulletin de la Société de Borda* 115 (417), 1990, 1-40) las ha estudiado llegando a proponer las lecturas binbaikar y kuteeki respectivamente, así como un origen en talleres ibéricos cercanos a Tivissa –donde se han hallado también otras tres phiales análogas– en los últimos decenios del s. III a. C. Este material suntuoso fue adquirido por el aristócrata aquitano enterrado en Aubagnan hacia el año 200 a. C. a juzgar por la cronología de otras piezas halladas en el túmulo. Desde épocas muy antiguas, que remontan al s. VI a. C. al menos, se atestiguan continuos flujos de material suntuoso desde las zonas ricas mediterráneas hacia el interior europeo, siendo el ejemplo más conocido las tumbas principescas de Hallstatt en las que han aparecido muchos elementos de factura etrusca importados desde Italia central (Cunliffe, B. 2001).

escrito en su lengua, mientras otras coetáneas estén abundantemente representadas. El hecho de la escritura es un fenómeno complejo, que requiere junto a un ambiente social receptivo a los hábitos y usos sociales favorecedores de la escritura —representados en la antigüedad por la civilización mediterránea basada en el comercio— un extraordinario esfuerzo intelectual de adaptación de un modelo exterior a la expresión de los sonidos de la lengua propia. En muchas ocasiones, la escritura está tan íntimamente unida a una lengua, p. ej. el ibérico o el latín, que cuando un hablante de vascuence se encontraba en la necesidad de escribir algo —necesidad que le venía dada por sus relaciones con los iberos y con los romanos precisamente— no hallaba medio más natural que expresarse en la lengua de la escritura, tal como lo han venido haciendo secularmente mucho más tarde casi hasta nuestros días, o como lo hicieron durante siglos también los hablantes de lenguas románicas cuando recurrían al latín, única lengua con tradición escrita, para redactar sus documentos. Un caso similar al vasco lo hallamos en Britania. Sabemos que cuando la isla es conquistada por Claudio estaba habitada en su mayor parte, al menos, por gentes de habla céltica, en especial de la rama britónica de la familia. Esta lengua, aunque sufrió un retroceso importante bajo el imperio romano, llegando a desaparecer de las zonas más intensamente romanizadas del sureste de la isla, sobrevivió a su caída y dio lugar más adelante al surgimiento del galés actual. Sin embargo, no tenemos en todo el periodo romano ningún texto redactado en britónico; gentes que llevan un nombre britónico y que sin duda debían ser hablantes de celta prefirieron expresarse en latín a la hora de dejar constancia de sus ideas funerarias o religiosas (K. Jackson, 1994 [1953], 97ss.)³.

Son precisamente los datos indirectos los que nos dan cierta luz sobre el aspecto de la lengua en ese periodo así como sobre su extensión geográfica. Estos datos indirectos o de transmisión secundaria (*Nebenüberlieferung*) se clasifican en dos conjuntos bien diferentes: por un lado contamos con los nombres de persona y de divinidad atestiguados en las lápidas latinas redactadas por los indígenas y por otro con las informaciones transmitidas por los autores clásicos, que hacen referencia a aspectos etnográficos, a topónimos y a veces a algún personaje ilustre. Mientras el primer conjunto, cuando es suficientemente abundante, es un reflejo indirecto más o menos fiel de la lengua hablada contemporáneamente a la redacción de las inscripciones, que nos muestra la extensión

geográfica mínima de su distribución y los rasgos estructurales de la fonología y la morfología de la lengua en la que están basados los nombres, la información transmitida por las fuentes presenta, en cambio, algunos problemas importantes: en primer lugar; no deja de ser una interpretación ofrecida por gente externa, que en los aspectos de lengua tiende inevitablemente a reducir lo extraño a parámetros conocidos o asumibles dentro de su expresión; luego, está el espinoso asunto de la transmisión manuscrita, donde los nombres propios pueden ser deformados o asimilados a otros conocidos, sin que el editor pueda muchas veces reconstruir la forma originaria por falta total de paralelos. La ciudad vascona que se suele localizar en Irún nos viene dada por Estrabón (3. 4. 10) como *Oidasouna* (nom. *Oidasun*), por Plinio (4. 110) como *Olarso* y por Ptolomeo como *Oiasso*. La localización segura de la ciudad, el hecho de la existencia del topónimo vasco *Oihartzun* en las cercanías y la interpretación de la cita de Plinio como una verdadera glosa hacen muy verosímil que las fuentes clásicas nos estén transmitiendo aproximadamente el nombre vasco *oiharzu*, a su vez formado por *oihar-*, variante compositiva de *oihan* ‘bosque’, y por el sufijo abundancial *-zu*. Pero en realidad ninguna de las tres variantes transmitidas refleja exactamente las características del topónimo. Uno puede hacerse una idea de la inseguridad en que se mueve el investigador ante topónimos aislados, sin paralelos ni en la antigüedad ni en ninguna lengua conocida con posterioridad, a la hora de su adscripción lingüística y su correcta interpretación.

Incluso, si la transmisión fuera perfecta, nos hallaríamos ante un conjunto de nombres bastante escasos por un lado y, lo que es más importante, de naturaleza diferente a la de los nombres de persona, ya que no tienen por qué hacer referencia en su origen a la lengua hablada en el momento de la transmisión. Es decir, los topónimos pueden remontar a tiempos pretéritos mucho más alejados que los nombres de persona y, dada su tendencia a la fijación al terreno, pueden ser adoptados por hablantes de otra lengua que se haya impuesto en la zona con posterioridad. En sí mismos están preñados, pues, de una mayor virtualidad cronológica. Ahora bien, para que esta virtualidad tenga efectos reales en el establecimiento de una datación de la creación de los topónimos y de una cronología en la superposición de capas lingüísticas, es absolutamente necesario identificar el topónimo con alguna lengua conocida o bien adscribirlo a una lengua, no conocida, pero cuyos rasgos lingüísticos y coordenadas espacio-temporales se puedan definir con cierta seguridad. En el primer caso las pruebas suelen ser más convincentes: así, es claro que muchos topónimos de los várdulos y caristios, en especial los de su vertiente no cantábrica, son celtas, como los ríos *Deua* y *Nerua* o las ciudades de *Segontia Paramica*, *Tritium*, *Tullonium*, etc., de modo que es inevitable aceptar la existencia de una población de habla celta en esa zona en la antigüedad, antes de la romanización y en los primeros siglos del imperio. Otra cuestión interesante, que

3. Un ejemplo moderno de esta misma actitud puede hallarse por doquier si uno visita con atención los cementerios de muchas localidades bilingües, una de cuyas lenguas es prestigiosa mientras la otra está reservada a ámbitos familiares. Los casos vascos tienen un perfecto reflejo en Gales, donde en la localidad muy celtófono de Aberystwyth uno apenas puede leer lápidas que no estén en inglés en el cementerio viejo de la localidad. Lo mismo decía A. Tvar de muchos lugares de Sudamérica, en los que se producía una perfecta y nítida división espacial entre el mercado, que hablaba indígena, y el cementerio que rezaba en español.

no trataremos aquí, es tener que admitir que el celta fuera la única lengua de esa zona, o si, por el contrario, la lengua vasca, que luego en la edad media será mayoritaria, estaba también presente, aunque no haya dejado casi evidencias escritas.

Pero cuando los topónimos no son asignados a lenguas concretas, con coordenadas espaciales y temporales bien definidas, sino a entes lingüísticos de razón, creados a partir de la recolección de topónimos de variada procedencia que se introducen en el corpus por el investigador en virtud del cumplimiento de algunos requisitos, estamos entrando en un terreno muy resbaladizo donde la capacidad de prueba de la hipótesis por algún argumento externo es en la práctica inexistente. Los requisitos en la constitución de un corpus antropónimo, obtenido de la inclusión de todos aquellos nombres indígenas que aparecen en una zona determinada, p. ej. Aquitania, son claramente diferentes de los corpora toponímicos elaborados sobre la inclusión de determinadas secuencias, porque en el primer caso el corpus nos viene definido por la propia documentación, en la que podremos identificar o no lenguas diferentes, p. ej. latín, galo y aquitano, en el que siempre quedará un residuo, con el que no sabremos qué hacer, sencillamente porque no le hemos hallado ni etimología ni reducido coherentemente a los rasgos lingüísticos obtenidos a partir de los otros nombres más claros. Cuando uno hace un mapa toponímico de una clase de topónimos, p. ej. los terminados en *-uba*, como hace F. Villar (2000), recogiendo todos aquellos que aparecen en Eurasia con esa terminación, está dando por supuesto que todos ellos son cognados, es decir que están relacionados genéticamente, de modo que la distribución geográfica es un corolario o una conclusión de tipo histórico de una presunción lingüística anterior. Es la correlación lingüística la que posibilita una conclusión histórica, mientras que en la configuración de un área onomástica o *Namenlandschaft*⁴, son los datos externos, como la geografía y la datación, los que suplen la carencia semántica innata a todo nombre propio y marcan el campo de juego para la lingüística, que si halla paralelos lingüísticos significativos con alguna lengua conocida, tendrán mucha más posibilidad de ser considerados verdaderos cognados y no similitudes azarosas.

3. En la antigüedad, por tanto, –volviendo a nuestra historia– podemos asegurar que hacia el cambio de era la lengua vasca, o dialectos muy cercanos al antecesor directo de la lengua vasca, se hablaba por todos los Pirineos occidentales y centrales hasta el valle de Arán y el valle del Salat inclusive, con una expansión clara por la llanura aquitana hasta las cercanías del Garona, que formaba el límite claro con los hablantes de galo. Esta lengua también llegó a hablarse en las partes

más septentrionales y orientales de Aquitania, a juzgar por los nombres de persona atestiguados. En la vertiente meridional, aunque los datos sean mucho menos numerosos, está asegurada la presencia de la lengua vasca en el territorio de los Vascones, por la zona media de Navarra y en Cinco Villas de Aragón, y no sabemos con exactitud cuáles eran sus límites meridionales hacia el valle del Ebro. Parece que el ibérico fue utilizado como lengua escrita y prestigiosa, a juzgar por el mencionado mosaico de Andelos y la presencia de algunos antropónimos de origen ibérico. Para el País Vasco actual solo hay información suficiente en Álava, donde la presencia de la antroponimia de origen indoeuropeo es casi general, aunque haya algunos pocos de ascendencia vasca, mientras que la vertiente cantábrica de Vizcaya y Guipúzcoa es una zona de escasísima documentación (Gorrochategui, 1984, 1995b). A juzgar por los datos, antropónimos de Álava y los escasos topónimos para todo el conjunto del País Vasco, algunos han pensado que el territorio no era vascófono. Para mí la cuestión no es concluyente.

No hace muchos años que los historiadores Espinosa y Usero (1988) llamaron la atención sobre un conjunto de epígrafes latinos del Alto Cidacos y tierra de Yanguas (Soria), que presentaban unas características formales muy específicas. A parte de la vertiente cultural del fenómeno, descrita por los historiadores citados, puede darme cuenta (Gorrochategui 1993) de que la onomástica representada en esos epígrafes no era siempre celtibérica, como en principio debía corresponder a la zona según nuestra información general, sino que tenía evidentes paralelos en los nombres vascones ibéricos de la zona entre el Ebro y los Pirineos. Recientes hallazgos de nuevos epígrafes nos han ofrecido ejemplos claros de onomástica vasca, perfectamente comprensible desde el euskara y en total coherencia con los modos de formación de nombres utilizados en la onomástica aquitana y vascona de la época, como son el nombre de varón *Sesenco* y el conjunto formado por *Onse* (mujer) y *Onso* (varón). La implicación histórica que plantean estos nombres es grande. ¿Se trata realmente de restos de una población vasca, reducida a un ámbito montañoso de economía ganadera, que queda como una isla entre la indoeuropeización de la región por parte de los celtiberos? Esta posibilidad daría la razón a la hipótesis mantenida por Merino Urrutia (1978) para la Rioja a partir de la toponimia vasca medieval, la cual tenía en su contra la información antigua tanto directa (monedas, referencias en téseras celtibéricas a ciudades de la región, como *Libia*) como indirecta, como cuando Estrabón nos dice de los Berones que eran de ascendencia céltica. O bien, ¿se trata de una población inmigrada, venida del Ebro o de tierras vasconas de allende el Ebro, como resultado de la profunda transformación que debió sufrir la región con la imposición del poder romano, tras la derrota de los celtiberos en el 133 a. C.? ¿o más bien de ganaderos estacionales, que practicarían la trashumancia entre pastos altos de verano y las llanuras del valle durante el invierno? Para todo hay posibili-

4. Término empleado por J. Untermann en sus modélicos trabajos sobre diferentes áreas lingüísticas de Europa occidental.

dad. De una forma u otra estos pocos nombres, con sus rasgos característicos confirman la presencia de la lengua vasca en esas tierras sorianas durante los primeros siglos del imperio.

Este es, pues, el horizonte cronológico al que nos llevan los primeros testimonios asignables con seguridad a la lengua vasca. Sabemos, por otro lado, que dos lenguas que se hablaban en la vecindad de su territorio y frente a las cuales pudo perder terreno en los últimos siglos antes de la romanización, el galo en su frontera septentrional y el celtibérico en su frontera meridional y occidental, forman parte de la rama céltica de las lenguas indoeuropeas, las cuales debieron de hacer acto de presencia en Europa occidental en un momento no precisado, pero no muy alejado, de la protohistoria. La expansión del galo por el sureste de la Galia es un fenómeno histórico comprobado a partir del s. III a. C. por fuentes independientes. Nada sabemos, en cambio, sobre el origen de la presencia del celtibérico en Hispania. Todas estas circunstancias han llevado a los lingüistas a caracterizar la lengua vasca como lengua ‘ prerromana ’ y también como ‘ preindoeuropea ’, es decir, como lengua que se hablaba en su zona patrimonial (descrita arriba) antes de la llegada de los romanos al lugar y, muy plausiblemente también, antes de la indoeuropeización del occidente europeo.

Esta inmensa y oscura prehistoria que se nos despliega antes de los datos de la romanización ha dado pie a mantener todo tipo de hipótesis sobre el origen del euskara, desde que se trata de la lengua evolucionada *in situ* a partir de los primeros hombres modernos de Cro Magnon, defendida por J. M^a de Barandiarán hace tiempo ya, hasta que es una recién llegada a la zona, pocos decenios antes que los romanos, traída por aliados de Aníbal en el marco de las operaciones bélicas de la segunda guerra púnica⁵. En este amplísimo marco hay espacio para cualquier teoría: lengua de paleolíticos extendidos por Eurasia, lengua de gentes de origen norteafricano en alguno de los periodos de glaciación y fácil paso del Estrecho de Gibraltar; inmigrados de variada procedencia, especialmente del Cáucaso (se buscan relaciones con las lenguas habladas allí) o del Norte de África (como consecuencia de la desertización del Sáhara), o de algún lugar indeterminado del Mediterráneo (contacto con etruscos) o de Europa oriental (parte de los ligures), etc.

La casi totalidad de las propuestas anteriores han buscado siempre el apoyo de algún argumento de índole lingüística: así, la autóctona por antonomasia se veía reforzada por el carácter aislado de la lengua vasca y cada una de las otras aducía en su favor listas más o menos largas de palabras vascas relacionadas con las de las lenguas habladas en las zonas de supuesta procedencia.

5. Ha habido también otras opiniones aún más reduccionistas, como la de Mons. Griera que defendía su pertenencia llana y simple a la familia de las lenguas románicas.

4. Todas ellas afectan de una u otra manera a la comparación entre lenguas, con la finalidad de hallar correspondencias significativas que sean la consecuencia de una relación histórica, se supone que genética, anterior. A pesar de los intentos de clasificación de la lengua vasca en alguna de las familias lingüísticas conocidas que se han venido dando desde hace mucho tiempo (sobre las que volveremos más adelante), la mayoría de los lingüistas creen que se trata de una lengua aislada, sin relación genética conocida con ninguna otra del mundo. Técnicamente lo que significa es que, utilizando los métodos estándares para definir los requisitos mínimos necesarios en el establecimiento del parentesco lingüístico, la comparación aducida no cumple tales requisitos; consiguientemente no se puede afirmar que la lengua vasca no esté en realidad relacionada genéticamente con tal o cual otra, sino que con los medios científicos actuales no se puede probar que lo esté. Y ésta es una diferencia radical entre ciencia y opinión o entre ciencia y mística. El carácter aislado del euskara se trata, pues, de una hipótesis negativa, de carácter no marcado, sobre la que no se puede edificar ninguna propuesta histórica de largo alcance.

Una de las derivaciones más frecuentes que se producen en el marco de la teoría autoctonista es la consideración del euskara como relicto y fósil de épocas pretéritas, paleolíticas o neolíticas, cuando menos; en otras palabras, la transferencia del hecho de que se trate de una lengua prerromana y preindoeuropea, rasgo que solo habla de su presencia aquí antes que el latín y algunas lenguas indoeuropeas bien conocidas, a características internas de la propia lengua, como su primitivismo o su fosilización léxica o estructural. De ahí la tan extendida opinión de que el vasco es más antiguo que el español y que el latín y que refleja en su léxico una cultura neolítica de la edad de piedra de una manera admirable. Prueba: el nombre de aperos y herramientas que sirven para cortar o trabajar la tierra, que están basados sobre (*h*)aitz, el nombre de la ‘roca’: *aizkora* ‘hacha’, *guraizeak* ‘tijeras’, *aizto* ‘cuchillo’, *aitzur* ‘azada’. Pero aun admitiendo que el origen de todos estos nombres esté en *haitz* (cuestión nada clara, por otro lado), ello no probaría otra cosa que los antepasados de los vascos conocieron la cultura neolítica, en la que los instrumentos para cortar se fabricaban de piedra, al igual que los antepasados de los hablantes de casi todas las lenguas del mundo. Sin ir más lejos los alemanes le dicen al ‘cuchillo’ *Messer*, que etimológicamente es ‘cuchillo para carne’ (idéntico al inglés antiguo *mete-seax*), cuya segunda parte debió significar originariamente ‘piedra’, porque está relacionado con lat. *saxum* y otros términos del indoeuropeo. Igualmente, el nombre del ‘martillo’ en las lenguas germánicas (p. ej. alemán *Hammer*, ingl. ant. *hamer*, noruego ant. *hamarr*) está relacionado con la palabra sánscrita *açman-* ‘piedra’, la griega *ákmo:n* ‘yunque’ o la lituana *açmuõ* ‘filo’, que remontan a un instrumento, originariamente de piedra, que servía para cortar o golpear. Y como ejemplo que muestra la otra cara de la moneda, es decir, la aplicación de una palabra

nueva a un objeto y consiguientemente una técnica antigua tenemos en vasco *kaiku*. ¿Qué hay más pastoril que este recipiente de madera, en el que se recogía la leche ordeñada de las ovejas y en el que, antes de la extensión de los calderos de cobre o metal, se cocía la leche por introducción de una piedra rusciente? Pocas cosas, sin duda, pero la palabra procede del latín *caucum* y es un buen ejemplo de suplantación léxica, hecho absolutamente normal en todas las lenguas vivas del mundo. Igualmente nuestro popular *katilu* es también un préstamo introducido desde el latín, *catillus*, y bien documentado también en los alfares galos del Sur de Francia en época imperial⁶.

En atención al léxico autóctono de la lengua, solamente se puede deducir con seguridad el conjunto que no se debe a préstamo latino o indoeuropeo bien conocido (y éste con mucha dificultad). De ello resulta que debemos al latín muchísimas palabras que tienen que ver con la actividad económica hortícola (en especial nombres de hortalizas como *porru*, *kipula*, *piper*, *baba*, *leka*, etc. y árboles frutales como *gerezi*, *muxika*, *gaztanea*, *piku*, etc.), introducidas por los romanos. Pero muchos nombres de animales no solo salvajes, como *hartz*, *otso*, sino también domésticos, *behi*, *ardi*, *zaldi*, *ahuntz*, *aker*, *asto*, al igual que el nombre de árboles y cereales, como *haritz*, *arte*, *gari*, *olo*, *ardano*, etc. de vital importancia en una economía agrícola y ganadera, son vascas. Pero el problema es ¿cuánto de antiguas son estas palabras vascas? ¿p. ej. el nombre de la oveja, *ardi*, o el del trigo, *gari*, son términos muy antiguos, utilizados originalmente para referirse a las variedades no domesticadas de estas especies, o se introdujeron en la lengua junto con la oveja y el trigo neolíticos? Evidentemente, si pudiéramos hallar paralelos fidedignos de estas palabras en otras lenguas, estaríamos abriendo el camino para una explicación. Mientras esto no existe, se nos concentra en un mismo plano una amplísima prehistoria, en la que es difícil establecer estratos cronológicos diferenciados.

En las familias lingüísticas, la comparación proporciona un instrumento útil para discernir de modo relativo las formaciones muy antiguas de otras más modernas. Así, por ejemplo, el hecho de que un término esté atestiguado en la gran mayoría de las lenguas de la familia y en especial en las áreas marginales de su distribución geográfica es indicio importante de su antigüedad, o al menos de su pertenencia al estadio común de la protolengua, mientras que una plétora de designaciones diferentes abogará por la creación de las palabras que designan la noción u objeto en cada una de las lenguas de manera independiente en una época posterior a la unidad: así, la forma **ayas-* /-os- se documenta en latín *aes* 'bronce', en indio

ant. *ayas-* 'cobre, hierro' y en otras lenguas indoeuropeas, de modo que se puede pensar en su existencia en el estadio común para designar 'metal'; en cambio, el nombre del hierro varía de latín *ferrum*, gr. *siderós*, germánico **i:sarn*, esl. ant. *zhele:zo*, etc. y en algunos casos se puede rastrear su origen en otras lenguas (cf. fenicio *barzel*). Incluso entre las palabras que se asignan al estadio común de la protolengua se puede en ocasiones establecer una cronología relativa de su formación. Gracias a la comparación entre formas o aspectos residuales de algunas lenguas indoeuropeas, como la existencia de nombres de árboles de género femenino de la segunda declinación en latín (cf. *fagus*, *ulmus*, *pinus*, etc.), y la carencia de género femenino en hitita, se llega a la conclusión de que el ancestro tenía un estadio lingüístico con una división entre género común y género neutro, antes de que el primero se diferenciara en masculino y femenino por la introducción de morfemas especiales para indicar este último género, en especial el morfema *-a-*. La comparación nos permite suponer que el medio más generalizado en todas las lenguas indoeuropeas para la formación de nombres, mediante el uso del sufijo alternante *-e/o-*, es más moderno que el uso de las alternancias vocálicas de la raíz o de los sufijos atemáticos: que el nombre del ganado vacuno **g^wou-* (de donde lat. *bos*, ind. a. *gaus*, gr. *bu:s*, ingl. *cow*, etc.) pertenece a un estrato más antiguo que el del caballo **ekwo-* (de donde lat. *equus*, ind. a. *açva-*, gr. *híppos*, etc.). Ello no quiere decir, sin embargo, que los indoeuropeos no conocieran al caballo desde muy pronto, ni tuvieran una palabra para referirse a él, antes de que se generalizara la forma **ekwos*; ya hemos hecho referencia más arriba a los peligros inherentes a obtener conclusiones históricas sobre aspectos culturales a partir solo de los términos. Lo único que se puede asegurar es que la palabra para 'vacuno' es de gran antigüedad en indoeuropeo, mientras que la palabra para 'caballo', aun siendo de un estadio común a la protolengua, es más moderna.

Una estratificación por niveles cronológicos en el léxico vasco es mucho más difícil que en indoeuropeo por la carencia de la comparación, al impedirnos establecer una triangulación entre las formas atestiguadas por las diferentes lenguas a fin de obtener una profundidad de campo en la reconstrucción. Solamente está permitido basarse en criterios de etimología interna o productividad de las respectivas formaciones.

Estudiando la estructura de los morfemas, J. Lakarra (1995, 1998) ha llegado a la conclusión de que la raíz en protovasco era monosilábica con ciertas constricciones en el empleo de fonemas en su inicio y final. Nombres como *bel* 'negro' (presente en *harbel* 'pizarra', *horbel* 'hojarasca'), *gor* 'duro' o *hats* 'aliento' representarían el estado más antiguo. Algunos nombres bisílabos pueden entenderse como reduplicados de una base anterior, como *zezen* 'toro' de **zen*, o *gogor* 'duro del existente *gor*'. En otras ocasiones se aprecia la existencia de un sufijo *-i* de formación de adjetivos, relacionado

6. Curiosamente ambos términos se han mantenido en las lenguas limítrofes o periféricas del imperio: así, lat. *caucum* se conserva en galés *caug*, irlandés *cuach* y anglosajón *céac*, en tanto que los descendientes de lat. *catillus* se ven en el alemán *Kessel*, anglosajón *cytel* o lituano *kátilas*.

con el sufijo *-i* de participios, como en *gorri* ‘rojo, pelado’ a partir de *gor* y quizás *zuri* ‘blanco’ a partir de *zur* ‘madera’. Una raíz monosílaba **an-* se aprecia en la base de los nombres de los cápridos: *ahuntz* ‘cabra’ < **an-untz*, cf. el topónimo *Anuncibay* o ‘río de las cabras’, *āhāri* ‘carnero’ < **an-ari*, medieval *andosco* ‘carnero de dos años’ < **an-dots-co*, *aker* ‘macho cabrío’ quizá de **an-ger* (Gorrochategui & Lakarra, 1996). Pero algunos de los animales domésticos más importantes: *behi*, *idi*, *ardi*, *zaldi* son bisílabos y muestran una terminación en *-i* o en *-di* de origen desconocido, sin que las bases que quedan después del análisis puedan ser relacionadas con otros términos de la lengua.

Como podemos observar la reconstrucción interna sirve para establecer algunos hitos cronológicos en la formación y desarrollo de los morfemas, que pueden ser utilizados como referentes en un intento de extrapolación a conclusiones históricas, apoyadas por argumentos externos de otra naturaleza. Pero en la mayoría de los casos la cronología es, aparte de relativa, estrictamente interna o autónoma, solamente aplicable a la lengua como sistema cerrado, sin ninguna derivación sobre el mundo al que la lengua tiene por referente. Con todo, la reconstrucción interna es de una importancia extraordinaria porque es la única, en nuestro caso, que posibilita un análisis apropiado de los elementos morfológicos más antiguos y controla la idoneidad de eventuales ensayos comparativos con otras lenguas o familias lingüísticas.

5. Ha habido muchos intentos de clasificar al euskara en alguna de las familias lingüísticas conocidas o de formar una familia éuscara con lenguas dispersas. La equiparación decimonónica del vascuence con la lengua ibérica, conocida por inscripciones redactadas en un sistema propio entonces aún indescifrado, parecía una hipótesis razonable desde el punto de vista geográfico, que venía apoyada por algunas similitudes toponímicas. El gran lingüista H. Schuchardt llegó a reconstruir, incluso, la flexión nominal del vasco-ibérico como un grado intermedio para su comparación con las lenguas hamito-beréberes. Este intento venía apoyado por algunas similitudes entre el vascuence y el beréber, como la marca de genitivo en *-n*, la diferenciación de género gramatical en la segunda persona del verbo, y una cierta falta de direccionalidad del verbo beréber con respecto a sus argumentos, que Schuchardt unía con el carácter pasivo del verbo vasco. El desciframiento de la escritura ibérica, realizada por M. Gómez Moreno en 1925, no confirmó la hipótesis, ya que los textos ibéricos, ahora perfectamente legibles, no podían ser entendidos desde la lengua vasca, de modo diferente a como ocurría en el dominio celtibérico, en el que los textos podían ser abordados desde nuestro conocimiento de las lenguas célticas e indoeuropeas. Es verdad que la lengua ibérica presenta unas características fonológicas muy parecidas a las del vasco antiguo, en su inventario y distribución de fonemas, único ámbito de la lengua que por el momento podemos analizar con seguridad,

pero tales semejanzas se pueden explicar bien como fenómenos areales, de los que participan lenguas habladas en territorios contiguos. Desde el ejemplo clásico de las lenguas balcánicas (Sandfeld 1930) se han detectado otros casos más, como el de la India (Emenau 1956), en el que se aprecian evoluciones paralelas entre las lenguas neoindias y las dravídicas. Podemos llegar, por tanto, a la conclusión de que el parentesco vasco-ibérico no está probado⁷.

Como he dicho antes, se trata de una hipótesis negativa, que deja la puerta abierta a la posibilidad, incluso a la creencia, de que puedan estarlo. Ahora bien, en el estado actual de nuestros conocimientos un avance significativo en la comprensión del ibérico solamente nos vendrá con la aparición de textos bilingües de cierta amplitud y diversidad, que proporcionen los fundamentos para la identificación de las categorías morfológicas básicas y su posterior estudio. Una vez de que seamos capaces de aislar morfemas ibéricos, tanto gramaticales como léxicos –es decir, elementos y secuencias con sentido–, podremos establecer comparaciones con los morfemas protovascos obtenidos por la reconstrucción interna, a la que antes nos referíamos.

Tengo que declarar con toda rotundidad que todos los espectaculares desciframientos del ibérico a partir de la lengua vasca, que en los últimos tiempos han adquirido una notoriedad inusitada gracias a su publicación en editoriales supuestamente prestigiosas, carecen de la mínima credibilidad científica. Se trata siempre de comparaciones léxicas entre términos vascos o supuestamente vascos –porque en muchísimas ocasiones o no existen o están mal recogidos o significan otra cosa– y secuencias arbitrarias de la lengua ibérica, con deficiencias aún mayores que las aducidas para los términos vascos. Y cuando las citaciones vascas son correctas, el análisis de sus componentes es incorrecto o se trata de préstamos latino-románicos o neologismos sabinianos y en el mejor de los casos términos con un restringido empleo dialectal sobre cuya antigüedad nada podemos decir. Inmediatamente se percibe el desconocimiento total de los hechos básicos de la historia de la lengua vasca, así como de las técnicas de la comparación y la lingüística histórica, que no les impide, sin embargo, una osadía desmesurada a la hora de traducir todo tipo de textos hasta sus últimos detalles. Evidentemente, como no podía ser de otro modo, estas traducciones son el resultado de la gramática particular e intransferible de cada uno de los descifradores, ya que de otro modo es imposible que unos mismos textos, interpretados

7. He aquí un paralelo ilustrativo sobre el aire de familia que pueden presentar lenguas de una misma zona, obtenido del caso de las lenguas amerindias al norte de Méjico: “Many scholars engaged in this comparative work have been impressed by the structural resemblances among these languages. An Iroquoianist encountering Algonquian languages for the first time feels a sense of instant recognition, although there are no discernible cognates between the two families” (M. Mithun 1992: 91)

desde la lengua vasca con los mismos útiles gramaticales y diccionarios, den lugar a traducciones tan diferentes.

Han continuado los intentos de relación entre el vascuence y las lenguas beréberes, incluso después de que la hipótesis vasco-ibérica se haya revelado estéril. La aportación de un puñado de paralelos léxicos entre ambas lenguas no puede salvar la gran distancia existente en los ámbitos más sistemáticos e internos de sus gramáticas. Las lenguas beréberes presentan unos rasgos propios como el Ablaut o la alternancia interna radical, una estructura de raíz trilitera (aunque son numerosas también las raíces bilíteras), unos sonidos faringalizados o enfáticos, un orden de palabras congruente con la oración con verbo inicial, etc. que las unen estrechamente con las lenguas semíticas, hasta el punto de constituir una familia, llamada antes hamito-semítica y hoy afro-asiática, muy diferente de la lengua vasca. Y la lengua ibérica tampoco parece mostrar esos rasgos característicos de esta familia, por lo que podemos obtener del análisis de sus componentes.

Una salida a esta objeción ha sido la de proyectar la relación a un pasado aún más lejano, a un viejo fondo atlántico que se extendía por Europa occidental y África noroccidental, que se puede detectar en paralelos léxicos de lenguas más numerosas. Es la idea del lingüista vienés Hans G. Mukarovsky, que creía en una relación de la lengua vasca con todo el conjunto del hamito-semítico en un plano de igualdad y con otras lenguas africanas subsaharianas de la zona atlántica, como el fulda o el manda, proyectando la unidad lingüística a una antigüedad remontable como mínimo a doce mil o catorce mil años. Los paralelos no son convincentes, porque no presentan correspondencias sistemáticas y regulares y en muchas ocasiones son forzados (como relacionar vasco *bero* 'caliente' con la raíz egipcia *brbr* o beréber *berbur*, etc. 'hervir', que puede explicarse como onomatopéyico) o bien parten de términos fantasmas (como *aba* 'padre', al que se proponen paralelos como etíope *abbat*, que puede tratarse por su parte de un préstamo grecolatino) o aunque hubiera una parte de razón (como en la relación entre vasco *burdiña* 'hierro' y los términos semitas: ugar *b r r* 'plomo', etíope *bert* 'bronce', etc.), se deberían sin duda a préstamos culturales perfectamente explicables⁸.

6. En los últimos tiempos se ha producido un renovado interés por la comparación y la clasificación lingüísticas, que pretende superar los límites en los que se desenvuelve la lingüística comparada tradicional. Su objetivo es llegar al establecimiento de nudos más antiguos en los árboles evolutivos, mediante la constitución de macrofamilias o *phyla* a partir de la unión de varias familias

lingüísticas previamente admitidas por el método comparativo tradicional. La idea no es reciente, porque ya Pedersen propuso la existencia del nostrático, lengua antecesora de las familias indoeuropea, urálica, altaica, karvélica, afro-asiática y para algunos también la dravídica.

Últimamente el afán clasificatorio se ha extendido a todas las lenguas del mundo, con la pretensión de reducir la gran variedad lingüística al menor número posible de familias, incluso de proponer un ancestro común a todas las lenguas de la humanidad. Como la tarea, de hacerla con todo el rigor del método comparativo sería inmensa y presumiblemente poco productiva para el objetivo, se ha considerado suficiente un cierto parecido en un conjunto pequeño de palabras básicas, que se someten a comparación en un número elevado de lenguas. De esta manera se han logrado reducciones drásticas como las propuestas por Greenberg para África o América; en este último continente, en el que los lingüistas estiman la existencia de cientos de familias, Greenberg propone reducir la diversidad a tres grandes macrofamilias: la eskimo-aleutina, que a su vez la incluye en la familia euroasiática⁹, la Na-Dene de América del Norte y la amerindia, un verdadero saco en el que se incluyen todas las demás desde Méjico hasta la Patagonia.

La mayoría de los lingüistas no confiere a estas propuestas ninguna credibilidad, porque son incapaces de distinguir las similitudes significativas, sobre las que se levanta un parentesco lingüístico, de los meros parecidos azarosos. De todos modos han conseguido un eco notable entre estudiosos de otras disciplinas 'comparativas' como los genetistas de poblaciones humanas, los arqueólogos o antropólogos y personas interesadas por las antigüedades en general.

La lengua vasca no podía quedar fuera de esta poderosa corriente actual y ha sido incluida en la macrofamilia Dene-Caucásica, que en el fondo no es más que una familia de restos: todas aquellas de latitudes boreales que no han sido incluidas en la euroasiática o nostrática, por un lado, o en la afroasiática, por otro. La forman el grupo Na-Dene de América del Norte (ya de suyo un grupo muy controvertido en el que la familia más conocida es la atapasca, a la que pertenece el navajo y el apache, lenguas caracterizadas por un rico sistema consonántico y complejos grupos consonánticos), un resto siberiano formado por el yeniseiano, una lengua aislada bien conocida como el buruchaski de los altos valles del Karakorum, las lenguas caucásicas septentrionales (no el georgiano, por tanto, que forma parte del caucásico meridional o kartvélico) y el vascuence¹⁰.

9. Poco antes de su muerte, Greenberg (2000) reunió el material morfológico y léxico que, a su juicio, prueba la existencia de esta familia lingüística.

10. Para una crítica de la hipótesis desde el lado vasco, véase Lakarra 1999.

8. Puede leerse la crítica acertada de L. R. Task (1995: 88-90), donde se comentan otros ejemplos aducidos por H. Mukarovsky.

Como he dicho antes, estos lingüistas, entre los cuales M. Ruhlen destaca como portavoz más sonoro de la corriente, tienen una total confianza en la pervivencia del vocabulario básico y, por tanto, en su virtualidad clasificatoria.

Veamos un ejemplo de su proceder en el siguiente razonamiento: si se toma una pequeña muestra del nombre de la ‘mano’ en algunas lenguas europeas:

Inglés <i>hand</i>	Rumano <i>mina</i>	Ruso <i>ruka</i>	
Alem. <i>Hand</i> [hant]	Italiano <i>mano</i>	Polaco <i>rjka</i>	Vas. <i>esku</i>
Danés <i>hand</i>	Francés <i>main</i>	Lituano <i>ranka</i>	

“It is clear that the Basque word for ‘hand’ bears no resemblance to the other words and is hardly likely to share any historical connection with them” (Ruhlen 2000, 200-1).

Aunque, en verdad, uno tampoco encuentra ninguna conexión histórica entre los otros tres grupos que distinguimos en el ejemplo. Siguiendo la lógica de Ruhlen estaríamos obligados a admitir aquí cuatro familias lingüísticas diferentes. En realidad sabemos por la lingüística comparada de las lenguas indoeuropeas, en virtud de otros datos léxicos, gramaticales y fonéticos, que en este ejemplo hay cuatro ramas de la familia, la germánica, la románica, la eslava y la báltica y otra lengua no indoeuropea, la vasca, poniendo de manifiesto que la noción de vocabulario básico es un factor más entre los argumentos que hay que tener en consideración, o mejor dicho, que no es más que el terreno de juego más seguro en el que se tienen que dar las similitudes o correspondencias significativas. Precisamente las lenguas indoeuropeas muestran una gran variedad o polimorfismo en este término, probablemente debido a factores de de tabú lingüístico: podemos añadir gr. *kheír*, celta *lán*, sásscr. *hasta-*, *kara-*, albanés *dorë*, etc.

Ruhlen pasa revista, después, a los pronombres de primera y segunda persona, para aceptar la existencia de la familia euroasiática, a la que no pertenece el vascuence:

	IE	Chutoc. -camch.	Urálico	Altaico	Eskim. -aleut.	Vasc.
1ª pers.	<i>me</i>	<i>ma</i>	<i>-m</i>	<i>mi</i>	<i>-ma</i>	<i>ni</i>
2ª pers.	<i>tu</i>	<i>tu</i>	<i>te</i>	<i>ti</i>	<i>-t</i>	<i>zu</i>

En primer lugar hay que hacer algunos comentarios breves a las formas: en IE el pronombre de 1ª pers. es alternante **egho*: / *me*, de modo que aquí se hace una elección interesada; en altaico hay que reconstruir **bi* sin nasal y solamente el que cree en la existencia de un nudo anterior se ve obligado a postular una innovación altaica **mi* > **bi*. Por último, entre los datos controlables por mí, en vascuence el pron. de 2ª pers. sing. es *hi* y no *zu*, que lo es de plural.

El ejemplo, en sí mismo, no es probativo de la no pertenencia del vasco a la familia euroasiática.

A uno no le cuesta mucho argumentar que entre *m* y *n* no hay gran diferencia, incluso que la nasal dental aparece en algunas lenguas samoyedas, alternando con *t*, *d*, lo cual se podría aducir como argumento de gran peso, dada la alternancia de los afijos verbales vascos de 1ª pers.: *naiz* / *dut*. Y si nos fijamos en las vocales, se podría aducir el llamativo paralelismo con las lenguas altaicas, en las que los pronombres de singular presentan vocal *i* (**mi*/ *bi*, **ti* > *si*) y los de plural vocal no anterior o *u* (**bu*, **su*). Incluso, teniendo en cuenta la relativa indeterminación de los sonidos *b-* y *g-* en posición inicial en vasco (p.ej. *burdi* / *gurdi* ‘carro’, lat. *boletum* > vasc. *gureto*, etc.), podríamos postular una identidad absoluta entre el altaico y el vasco. El que quiera ver más datos en este sentido no tiene más que leer la obra de Morvan (1996), donde el autor se esfuerza en hallar paralelos gramaticales de cierta consistencia entre el vascuence y las lenguas uralo-altaicas. Sin duda hallará argumentos de más peso que los presentados por Ruhlen para su familia Dene-Caucásica.

Porque, después de dar los argumentos negativos que impiden la clasificación del vasco en la familia euroasiática, vienen los datos positivos que en su opinión prueban su adscripción a la Dene-Caucásica.

	<i>who?</i>	<i>what?</i>	<i>hungry</i>	<i>name</i>	<i>dry</i>	<i>water</i>
Basque	no-r	ze-r	gose	izen	agor	ur
Caucas.	Na	sa	gashi	-Gwar		hwiri
Burush.	Ana	be-sa-n	sen-as	qaqar		hur
Sino-Tib.	Naai	su	khussi	seng		qar
Yénis.	'an	sV		qar		xur
Na-Dene	sa	gas	sen			Gang

La primera impresión, tras la sorpresa, es que la tabla tiene numerosas erratas, debidas a desplazamientos de las palabras a columnas que no les corresponden: uno diría que *sen-as* y *qaqar* del burushaski deberían aparecer bajo *izen* y *agor*, respectivamente o que todos los términos del Na-Dene, menos el último, están desplazados una columna a la izquierda. Después de suponer con buena voluntad dónde irían las palabras, queda el problema de la admisión de estos paralelos como prueba. Por ejemplo, los pronombres en *n-* y en *z-* han recibido también paralelos en otras lenguas euroasiáticas, desde el turco (*nä* ‘qué’) al eskimo (*nauk* ‘qué’) pasando por el japonés (*na*, *no*, etc.) y el ainu (*nem*, *ne*, *nep*). De igual modo hay paralelos para el pronombre interrogativo en *z-*, según nos muestra Morvan (1996: 180ss.) de nuevo. La palabra para ‘nombre’ ha sido siempre un clásico de la comparación vasco-beréber (beréb. *isem* : árabe *ism*) y siempre hay que tener en cuenta que en vizcaíno la forma es *uzen*. Para ‘agua’ *ur*, con un cuerpo fónico tan corto se han hallado paralelos en todas partes. ¿Qué queda de sustantivo, después de todas estas objeciones? Nada que no puede ser achacado a pura similitud casual.

Después de siglos de constante evolución a la que están sometidas las lenguas se produce, por

regla general, una gran diferencia superficial en los sonidos genéticamente relacionados. Es la comparación lingüística de las fases anteriores del inglés *full* y del portugués *cheio* la que nos permite asegurar que ambas palabras son cognadas (entre el germánico **fulnaz* y el latín *plenus*, protoformas respectivas, ya la similitud es mayor y explicable a partir de una forma anterior **pl(e)H-no-s*), del mismo modo que nos asegura que el alemán *Feuer* nada tiene que ver con *fuego* (fr. *feu*, it. *fuoco*, etc.) sino más bien con gr. *pyr*, según el ejemplo clásico de Meillet (1925)¹¹. Teniendo en cuenta este fenómeno dos lingüistas¹² han realizado una comparación superficial de las similitudes léxicas entre el hindi y el inglés moderno con el siguiente resultado: de 205 paralelos hallados, 55 casos son cognados genuinos que aún pueden ser distinguibles externamente, otros 30 son cognados reales bastante camuflados, en los que sin el conocimiento de las fases anteriores se hace difícil la identificación, otros 45 son préstamos del sánscrito al hindi, de modo que retrasan más de dos mil años la evolución normal, aunque en ellos también hay bastantes casos poco identificables sin conocimiento externo (p. ej. hindi *pīta*: < sánscr. *pītah* ~ ingl. *father*), cinco casos son préstamos del persa al hindi, otros 10 casos son préstamos de terceras lenguas tanto al hindi como al inglés y, por último, 60 son casos de paralelos casuales (p. ej. *chakna*: ‘taste’ ~ ingl. *chek*; *ko.na*: ~ ingl. *corner*, etc.). En el mejor de los casos, reuniendo todos los cognados genuinos por un lado, resulta que éstos no superan a las similitudes azarosas, de modo que, si el método acierta o falla al 50% al tratar de establecer el parentesco entre dos lenguas genéticamente unidas y para cuyo ancestro se calcula una antigüedad de entre seis mil o siete mil años, es imposible mantener una confianza en el método cuando se aplique a lenguas totalmente alejadas, para las que se aducen solamente un puñado de similitudes léxicas.

Estos lingüistas, ante las contundentes críticas recibidas, se justifican diciendo que ellos no pretenden hacer una lingüística comparada en el sentido tradicional, sino solamente proponer una clasificación de las lenguas, para lo cual es suficiente una ojeada superficial. Aducen el testimonio del campo indoeuropeo, donde antes de elaborar la gramática comparada de las lenguas indoeuropeas se tuvo la intuición de su pertenencia a una familia, según la famosa declaración de Sir W. Jones.

“In reality, reconstruction is neither necessary nor sufficient. One must first identify a group of related languages before one can even begin to

reconstruct the proto-language. But if the language family has already been recognized then what further validity does reconstruction add? The answer is none” (Ruhlen 2000, 198).

La respuesta es, sin embargo, toda. La hipótesis de Sir W. Jones, o la de Schlegel, es considerada como el inicio de la lingüística indoeuropea, –sin que en el fondo fuera algo cualitativamente diferente de otros aciertos anteriores–, porque fue inmediatamente ‘probada’ por la gramática comparada de Bopp, que puso en evidencia un único patrón o modelo flexivo del verbo para cinco lenguas indoeuropeas antiguas, entre las cuales el sánscrito hacía las veces de lengua madre.

Es decir, la reconstrucción de la proto-lengua es la prueba que la comunidad científica necesita para que una hipótesis comparativa pase de ser una propuesta individual, por muy brillante y evidente que le parezca a su autor, a un hecho asumido de manera objetiva. Y no lo es porque la lingüística comparada considere la clasificación como un peldaño inferior o previo a la reconstrucción y a la explicación filogenética de cada una de las lenguas del árbol familiar, sino porque en el fondo aquella no puede darse sin ésta, ya que solamente valorando cada una de las similitudes a fin de colocarlas coherentemente en una línea evolutiva a partir de un ancestro común se pueden discernir los cognados genuinos de los préstamos y de las similitudes azarosas y concluir sobre la clasificación misma de las lenguas en cuestión. En otras palabras, la propuesta de clasificación va unida inextricablemente a una hipótesis de evolución.

7. No hay por el momento, pues, atajos rápidos y fáciles al método comparativo tradicional en la cuestión del parentesco lingüístico, a pesar del entusiasmo puesto por descubridores de una y otra clase. Quiero terminar haciendo una reflexión sobre el trabajo que nos espera a los filólogos vascos a este respecto. Hay que darse cuenta de que por regla general casi todas las hipótesis comparativas que unen al vascuence con una familia u otra han venido de parte de gente foránea, una minoría de los cuales solamente conocía bien la lengua vasca, mientras que nosotros los vascos nos hemos manifestado por lo general escépticos antes esas propuestas, muchas veces contradictorias. En los últimos decenios especialmente nos hemos dedicado al estudio filológico e interno de la propia lengua, que como nos enseñó Michelena es previo a cualquier otra consideración. Este trabajo debe continuar haciéndose con rigor y extensión, ya que son aún numerosas las parcelas de la propia historia de la lengua que merecen estudio y aclaración. Pero quizá sea hora ya de que los jóvenes filólogos vascos se interesen por estudios comparativos de largo alcance en el marco riguroso de la lingüística comparada. No sé si con ello avanzaremos en la solución del enigma vasco, pero al menos, como le ocurrió a F. Bopp que queriendo hallar el origen del lenguaje humano descubrió la

11. Otro buen ejemplo, que debo a J. Lakarra, es el que nos ofrece la comparación entre fr. *chez* : vasc. *etxe* : cast. *casa*, donde la similitud superficial es claramente engañosa acerca de las relaciones genéticas.

12. H.H. Hock & B. D. Joseph, *Language History, Language Change and Language relationship. An Introduction to Historical and Comparative Linguistics*, Berlin - New York 1996, 491s.

lingüística indoeuropea, crearemos especialistas sólidos en muchas familias lingüísticas ajenas a nuestro estrecho mundo, ampliando nuestra aportación al conocimiento universal.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNAIZ VILLENA, A. & J. ALONSO GARCÍA, 2000, "The Usko-Mediterranean languages", en: A. Arnaiz Villena (ed.), 205-246.
- ARNAIZ VILLENA, A. (ed.), 2000, *Prehistoric Iberia. Genetics, Anthropology, and Linguistics*, New York: Kluwer Academic / Plenum Publ.
- CUNLIFFE, B., 2001, *Les Celtes*, Paris: Errance [= *Ancient Celts*, Oxford, 1997]
- EMENAU, M. B., 1956, "India as a linguistic area", *Language* 32, 3-16.
- ESPINOSA, U. & USERO, L.M., 1988, "Eine Hirtenkultur mi Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesaraugustanus (Hispania Citerior)", *Chiron* 18, 477-504
- GÓMEZ MORENO, M., 1925, "Sobre los iberos: el bronce de Áscoli", *Homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, III, 475ss. [= *Misceláneas: Historia, Arte, Arqueología*, Madrid 1949, 233-256]
- GORROCHATIEGUI, J., 1984, *Onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao: UPV.
- GORROCHATIEGUI, J., 1993, "Las lenguas de los pueblos paleohispánicos", en: M. Almagro-Gorbea (ed.), *Los celtas*, Madrid, 409-429.
- GORROCHATIEGUI, J., 1995a, "Los Pirineos entre Galia e Hispania: las lenguas", *Veleia* 12, 181-234.
- GORROCHATIEGUI, J., 1995b, "Basque and its Neighbors in Antiquity", en: J. I. Hualde, J. A. Lakarra & R. L. Trask, 1995, 31-63.
- GORROCHATIEGUI, J. & J. LAKARRA, 1996, "Nuevas aportaciones a la reconstrucción del protovasco", en: F. Villar & J. d'Encarnação (eds.), *La Hispania prerromana. Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 101-145.
- GORROCHATIEGUI, J. & J. LAKARRA, 2001, "Comparación lingüística, filología y reconstrucción del protovasco" en: Fco. Villar & P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania, VIII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Salamanca, 407-438.
- GREENBERG, J. M., 2000, *Indo-European and its closest relatives: the Euroasiatic language family* Stanford: Stanford University.
- HUALDE, J.I.; J. A. LAKARRA & R. L. TRASK, 1995, *Towards a History of the Basque Language* [CILT 131], Amsterdam – Philadelphia: John Benjamins
- JACKSON, K., 1994 [1953], *Language and History in early Britain*, Dublin: Four Courts Press.
- LAKARRA, J. A., 1995, "Reconstructing the Pre-Proto-Basque Root", en: J. I. Hualde, J. A. Lakarra & R. L. Trask, 1995, 189-206.
- LAKARRA, J. A., 1999, "Ná-De-Ná", *Uztaro* 31, 15-84.
- MEILLET, A., 1925, *La méthode comparative en linguistique historique*, Paris: H. Champion [= *Metodo konparatzailea hizkuntzalaritza historikoan*, Bilbao 2001, UPV].
- MERINO URRUTIA, J.J.B., 1978, *La lengua vasca en La Rioja y Burgos* (3ª ed.) Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- MICHELENA, L., 1964 [TAV], *Textos arcaicos vascos*, Madrid: Minotauro [2ª ed. San Sebastián 1990, Anejo del Anuario del Seminario Julio de Urquijo, 11].
- MICHELENA, L., 1988, *Sobre historia de la lengua vasca*. 2 vols., Donostia - San Sebastián, [Anejo del Anuario del Seminario Julio de Urquijo, 10].
- MIHUN, M., 1992, "Typology and deep genetic relations in North-America", en: E. C. Polomé & W. Winter (eds.), *Reconstructing Languages and Cultures*, Berlin – New York: Mouton de Gruyter
- MORVAN, M., 1996, *Les origines linguistiques du Basque*, Bordeaux: Presses universitaires de Bordeaux.
- MUKAROVSKY, H., 1981a, "Common Hamito-Semitic and Basque with exemples for proto-phoneme *b", in: *Euskalarien nazioarteko jardunaldiak – Bascologists' international meetings* [Iker 1], Bilbao: Euskaltzaindia, 189-198.
- MUKAROVSKY, H., 1981b, "Outline of a lexicostatical study of Basque and the Mandé languages, with note on Fula", in: *Euskalarien nazioarteko jardunaldiak – Bascologists' international meetings* [Iker 1], Bilbao: Euskaltzaindia, 199-212.
- RUHLEN, M., 2000, "The Basque language is included in the Dene-Caucasian language family", en: A. Arnaiz-Villena (ed.), 197-204.
- SANDELFELD, K., 1930, *Linguistique balkanique. Problèmes et résultats*, Paris: H. Champion.
- SCHUCHARDT, H., 1913, "Baskisch-hamitische Wortvergleichen", *RIEV* 7, 289-339.
- TRASK, L. R., 1995, "Origin and Relatives of the Basque Language. Review of the evidence", en: J. I. Hualde, J. A. Lakarra & R. L. Trask, 1995, 65-99.
- VILLAR, F., 2000, *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca: Univ. de Salamanca.